

soberanía, una propiedad cualquiera; hay un campo, aunque fuese el de Naboth; que sea indivisible por su naturaleza? ¿Ignorais acaso que sentais de este modo un principio terrible, que pido á la Providencia que no haga caer sobre vos?

¿Y es por ventura porque la Polonia no era indivisible por su naturaleza que fue dividida? ¿Y es por esta razon que la Francia y la Europa han visto esto en ese siglo XVIII tan ensalzado sin quejarse, y que despues los Congresos europeos han reclamado en vano ó no reclaman ya?

«Decís además que la Europa, «que sacrificó la Italia en 1815, tiene el derecho de salvarla en 1860.» ¡Con qué salvar la Italia, es libertarla de la autoridad del Papa!

«Añadís tambien que la Europa, que en 1815 *dió* al Papa los Estados pontificios y las Romanías, en 1860 «puede decidir otra cosa.»

«¿Conoceis uno solo de los soberanos desposeidos antes de 1815 que quiera admitir que es el Congreso de Viena quien le dió sus Estados, y que el futuro Congreso puede tomárselos nuevamente? El Rey de Cerdeña, por ejemplo, cuyas provincias fueron convertidas en departamentos franceses ¿reconoceria en el futuro Congreso el derecho de devolverlas á la Francia?

«La Europa en 1815 acababa de salir de una larga série de trastornos, de revoluciones, de guerras, de conquistas; y al hacer lo que hizo creyó restituir los derechos violados.

«Á todo esto, nos atribuíis intenciones que no son las nuestras, responde «aquí el autor del folleto; nosotros queremos al contrario salvar la autoridad «espiritual haciendo la parte del fuego y sacrificando la autoridad temporal.

«Devolver la Romanía al Papa seria dar un grave ataque al poder moral «del Catolicismo, y el que Su Santidad tomara nuevamente posesion de ella «seria un desastre y no un triunfo.»

«Desconfío de ese celo, porque me recuerda la política de otra época: «El «poder temporal sujeta al Papa, decia tambien Napoleon, porque le impide «ocuparse de la *salvacion de las almas* que se extravían.»

«Sabido es qué remedio se puso desde entonces á este mal

«Este celo disimula mal el fin real á que se encamina. El fin hélo aquí:

### III.—*El fin.*

«Difícil es hacer mayores esfuerzos para ocultarlo: pero él mismo se vende.

«Primeramente quisiéramos que el Congreso reconociese como un principio esencial del órden europeo, la necesidad del poder temporal del Papa. «Para nosotros, este es el punto capital.»

«Estas palabras no nos causan extrañeza. Antes de desposeer al Papa y ponerle en interdiccion, es necesario al menos tributarle homenaje, «besarle los «piés y atarle las manos,» como decia Voltaire.

«En cuanto á la posesion territorial, la ciudad de Roma resume sobre todo «su importancia: el resto (no solamente las Romanías, sino lo demás) no es «mas que cosa secundaria.»

«Corriente: ¡ya hemos llegado al fin! Roma con los jardines del Vaticano, ya nos esperábamos eso; ya sabíamos que se habia dicho.

«La soberanía temporal del Papa reducida en estos términos, y luego circunscrita territorialmente á la ciudad de Roma y á su suburbium! Bien, muy bien; y añade todavía agradablemente el autor del folleto:

«¿Qué importa á la grandeza del Soberano Pontífice las leguas cuadradas? «¿Necesita acaso de espacio para ser amado y respetado? *Cuánto mas pequeño «sea el territorio, mas grande será el soberano.*»

«Colocado, pues, el Papa tan dignamente en esta situacion, y como dice tambien el folleto, *inmóvil sobre su piedra sagrada*, será necesario todavia velar sobre él y guardarlo. Para esto habrá una *milicia italiana* tomada de entre lo *escogido* del ejército federal, la cual se encargará de asegurar la tranquilidad y la inviolabilidad de la Santa Sede. Y toda vez que no puede haber ejército, es menester, para que todo marche bien, «que una libertad municipal, tan lata como sea posible, desembarace al Gobierno pontificio de todos «los detalles de la administracion.»

«Y de este modo el Papa reinará, y la municipalidad gobernará; y esta será la compensacion ofrecida á los que el folleto llama *los desheredados de la vida política.*

«En fin, y para remate del sistema, el Papado estaria asalariado por la Europa, como los párrocos lo son por el Estado, y de este modo disfrutaria de una renta considerable. El Papa se transformaria en primer y gran funcionario europeo del culto, á quien, en su caso, podria suprimírsele el trimestre en tal dia y en tal ocurrencia.

«Pues bien; por lo que á mí toca, lo digo sin vacilar, preferiria pan negro y las catacumbas. — No os lo darémos, se me dirá quizá, porque esto puede realizar vuestros deseos. — En este caso nosotros lo tomarémos.

«Pero dejemos aparte mis sentimientos y mis ideas. Hé aquí, pues, á qué se reduce por fin de cuentas esta soberanía de la que el autor del folleto ha dicho pomposamente en las primeras páginas: «Bajo el punto de vista religioso, es esencial que el Papa sea soberano; bajo el punto de vista político, «es necesario que el Jefe de doscientos millones de católicos no pertenezca á «nadie; que no esté subordinado á potencia alguna, y que la augusta mano «que gobierna las almas, no estando ligada por ninguna dependencia, pueda «elevarse sobre todas las pasiones. Si el Papa no fuese soberano independien- «te, seria francés, austriaco, español ó italiano, y el título de su nacionalidad «le quitaria el carácter de su pontificado universal. La Santa Sede no seria «mas que el apoyo de un trono, en París, en Viena, en Madrid... Importa á In- «glaterra, Rusia y Prusia, como á Francia y Austria, que el augusto repre- «sentante de la unidad del Catolicismo no esté sujeto, ni humillado, ni subor- «dinado.»

«Y despues de haber dicho tan bien, para que no esté sujeto, le quitais á la fuerza una parte de sus Estados.

«Para que no esté *humillado*, le poneis en la misma condicion que á un padre de familia al que sus hijos hacen quitar la administracion de los bienes por incapaz, pagándole empero una pensión, pero sin que el tribunal pueda obligar á pagar su parte al hijo que se niegue á hacerlo.

«En fin, para que no esté *subordinado, dependiente*, le reducís á no tener recurso alguno propio, á estar, para vivir, á merced de todo el mundo, de sus súbditos romanos si se insurreccionan, de la municipalidad si el Papa hace alguna cosa que no le acomode, del ejército federal, quien, si la conciencia obliga un dia al Papa á manifestarse contrario á la federacion, á la primera señal de esta lo pondrá en el castillo de San Angelo; y finalmente lo diré, á pesar de mi respeto por las grandes potencias católicas, á la merced de la Fran-



cia, del Austria, de la España; porque nadie puede responder de la imposibilidad de las revoluciones, ni de los descontentos y caprichos demasiado fáciles de prever.

«Humillacion y dependencia, envilecimiento y servidumbre: hé aquí pues, en definitiva, lo que se quiere para asegurar al augusto Jefe del Catolicismo la *seguridad* y la *grandeza*. Y el autor de todo esto es *religioso*, pero *independiente*; es *católico sincero*.

«Indica por lo demás sus nuevos deberes á algunos centenares de miles de súbditos que deja al Papa. Hace de Roma una ciudad aparte, una especie de monasterio, al que relega al Papa, como se relegaba en otro tiempo en algun convento á los reyes imbéciles, y de los ciudadanos romanos un pueblo fraile.

«Un pueblo separado de todos los intereses y de todas las pasiones que agitan á los demás pueblos, únicamente dedicado á la gloria de Dios, y no contando con mas recursos que la contemplacion, las artes, el culto de los grandes recuerdos y la oracion, un pueblo en reposo y recogido en una especie de oasis, donde no llegarán las pasiones y los intereses de la política; y que no disfrutará mas que de las suaves y tranquilas perspectivas del mundo espiritual; pero teniendo siempre cada uno de los hombres de ese pueblo el honor de llamarse ciudadano romano. *Civis romanus*.»

«¡Magnífico! os chanceais maravillosamente; pero si á pesar de esta poesia, si á pesar de la gracia de vuestras ironías, ese pueblo queria entender de otro modo su título de ciudadano romano; si se astiaba de vuestro oasis y de las suaves y tranquilas perspectivas del mundo espiritual; si no le gustaba vivir en un monasterio; si se fastidiaba de estar para siempre, como decís vos mismo, «desheredado de esta noble parte activa que en todos los países es el estímulo del patriotismo y el ejercicio legítimo de las facultades superiores del carácter;» y si, finalmente, no queria mas Papa, ¿qué haríais? Le forzaríais á ello, porque en este caso admitís la fuerza. ¿Y qué seria ese pueblo forzado á esa nueva y odiosa existencia que inventais para él? Pero ¿qué os importa? Vosotros no viviréis allí; pero el Papa sí, y bueno es para una vida de esta clase. Como el Papa es un padre y la Iglesia una madre, sabrán vivir en medio del odio, de los ultrajes de sus súbditos, reducidos, con la aplicacion de vuestro ridículo y abominable sistema, á ser párias en el seno mismo de la Italia, los últimos de los hombres, en fin, dados á la contemplacion y al rezo oprimidos y temblando.

«Hé aquí, pues, lo que quereis hacer. ¿Por qué no lo decíais de una vez y sin rodeos? Felizmente esto no sucederá. Abrigamos la confianza de que un sistema de esta naturaleza no prevalecerá en el próximo gran Consejo de la Europa, sobre todo cuando este Consejo debe reunirse en París, y cuando la Francia católica y victoriosa está llamada al honor de presidirlo. No, la Francia no lo querrá, no querrá que se diga que «solo para venir á parar á un resultado de esta clase ha corrido los azares de una gran guerra, ganado cuatro victorias, perdido cincuenta mil hombres, gastado trescientos millones de francos y conmovido á la Europa.»

«Basta; vuestro fin es manifesto, es digno de la enormidad de vuestros principios y de la iniquidad de vuestros medios. Destruir de un golpe el poder pontificio hubiera sido una brutalidad á la que el mundo no está acostumbrado; quitar al Papa de Roma no es cosa de hacerlo de nuevo; proclamarlo incapaz de sus provincias, suprimiendo en ellas su poder, y capaz en Roma

deshonrándole, es una invencion demasiado rara para no estar satisfecho del descubrimiento, con la ventaja además de llegar al fin sin ruido, poco á poco, pero infaliblemente. Es la misma política que en 1809, con la sola diferencia que en 1809 se quitaba violentamente de Roma al Papa, y el folleto propone tan solo ahogarlo allí.

«Es menester confesar que todo esto seria curioso si no fuera tan terrible, y que tenemos hábiles adversarios. Nos esforzamos á probarles que el Papa debe ser libre, independiente, soberano, respetado; y ellos nos responden que sí, y que lo dicen tan alto, mas alto que nosotros; y á todo esto, ¿qué hacen del Papa? Una especie de ídolo sordo, mudo, encadenado, inmóvil, en medio de la vieja Roma; *inmóvil sobre su piedra sagrada*. Teneis, señores, una manera extraña de interpretar el *Tu es Petrus et super hanc petram...* Pero guardaos, pues se ha dicho de esta piedra, que el que choque contra ella se estrellará, *super quem ceciderit conteretur*.

«Nos esforzamos en probar que Roma, que la Italia, que la Europa no pueden pasarse sin el Papa, y ellos nos responden: Lo comprendemos lo mismo que vos, y guardaremos tan bien al Papa en Roma, en el centro de la Italia y de la Europa, que no podrá escaparnos, le tendremos allí tan estrechamente abrazado, que nadie podrá dudar de nuestra ternura y de su poder. Para esto no hay mas que una sola dificultad, y es que los cálculos mejor concebidos surten mal efecto cuando van dirigidos contra Dios. Dios desde lo alto de los cielos vela por su Iglesia, y por medio de consejos imprevistos, y hasta de truenos si es menester, como dice Bossuet, la saca ilesa de los mayores peligros y se burla de los hábiles de la tierra. Ilustra cuando le place la sabiduría humana, tan corta de sí, y despues cuando se aparta de él, «la abandona á su ignorancia, la ciega, la precipita, la confunde, se enreda en sus propias sutilezas, «y sus precauciones le sirven de lazo.» El día de la prueba pasa en fin, y la Iglesia queda como antes; esto se ha visto muchas veces ya, y volverá á verse.

«Creeis al Papa vencido, porque de tres meses á esta parte se ha hecho insurreccionar contra el á sus provincias; vuestras ideas alcanzan á poco, y permitidme que os lo diga, vuestras previsiones son toscas. No nos rendimos tan pronto; los papas han pasado por otros peligros y aun subsisten. Creeis al Papa arruinado, porque los revolucionarios, además de otros cargos, declaran que su Hacienda está en mal estado, y en su consecuencia le ofreéis una pension alimenticia. Pues bien, no, no la recibirá de vuestras manos, porque un día quizá le echaríais en cara vuestros beneficios, ó se los haríais pagar demasiado caros.

«¡Una limosna! ¡Ah! si el Padre de los fieles debe quedar reducido á esta situacion, recibirá mas noblemente la limosna de manos de los pobres que de vosotros. Quinientos obispos que en todo el mundo han hablado en su favor, recogerian aun en caso necesario el antiguo dinero de san Pedro, y el mundo católico le daría hasta soldados si fuera menester.

«¿Creeis por ventura que no circula ya por nuestras venas sangre cristiana, y que nuestros corazones no laten en nuestros pechos?

«Id con cuidado, porque acabaréis por ofendernos. No sé si tenemos necesidad de estar despiertos, pero sé que habeis logrado abrirnos los ojos.

«Sea como quiera, esperamos y rogamos, llenos de amargura viendo todo lo que los hombres preparan, y llenos de confianza sabiendo lo que puede la Providencia.



«Esta mañana, amigo mio, que es el santo día del nacimiento del Salvador del mundo en un establo, en tanto que meditaba estas tristes cosas, oía inocentes voces llenas de vida repetir en mi catedral: *Gloria in excelsis Deo*, y decía entre mí con satisfacción: esto se cantará eternamente en la tierra; pero á estas palabras *et in terra pax hominibus bonæ voluntatis*, decía entre mí con dolor: hombres hay que no disfrutan de paz y que no pueden darla, porque no son hombres de buena voluntad. Dígnese el cielo dársela, y con ella el valor de llenar la obra de Dios y su propio destino.

«Bastante he hablado, amigo mio, sobre este folleto: pero al terminar, me atrevería á pedir á su autor que si no lo há á mal se dé á conocer por completo.

«Páginas como estas no se escriben sin revelar su nombre; empresas como estas no se ensayan sin quitarse la máscara. Se necesita ver un rostro en esta ocasión; se necesita ver unos ojos cuya mirada pueda distinguirse claramente; se necesita, en fin, ver á un hombre á quien pueda pedirse cuenta de sus palabras. — Félix, obispo de Orleans.

«Orleans 25 de diciembre de 1859.»

En obsequio de este escrito no cabe sino repetir el elogio que mereció á un hombre eminente como es Mr. Villemain. «Esta contestación, decía, improvisada como un grito de la conciencia, como un rapto de fe cristiana y de honra episcopal, recorre actualmente la Europa despertando á muchas almas y haciendo vacilar á mas de un político.»

Si el folleto inspirado por Napoleon imposibilitó el Congreso de las potencias europeas, el folleto de Mons. Dupanloup realizó instantáneamente el congreso de los corazones creyentes. El trueno del derecho católico ahogó el ruido del cañonazo de la política.

Hemos hablado incidentalmente de Mr. Villemain, y, sin embargo, aquel ilustre académico debe tener aquí su párrafo propio; también él enriqueció el grande debate sostenido en pro de la causa pontificia con su mesurado y concienzudo trabajo que tituló: LA FRANCIA, EL IMPERIO Y EL PONTIFICADO, *question de derecho público*.

Profunda pena sentimos de no poder trasladar aquí íntegro el escrito de aquel erudito y sábio juriconsulto; empero no podemos resistir al deseo de insertar aquí su elocuentísima conclusión:

«Nuestro siglo, decía, ha presenciado indudablemente muchas contradicciones y muchos escándalos de palabra y obra; pero algunos son tan excesivos que no pueden intentarse, lisonjearse ni tolerarse por interés del poder, tanto como del buen sentido. Á fuerza de inestabilidad en las cosas y en los hombres, hemos llegado á no tener mas que impaciencias ó sumisiones del momento en vez de principios. No faltan pensadores demócratas que no hallan nada bastante opresivo contra la Iglesia, porque temen sobre todo el fanatismo, y uno de ellos exclamó en un periódico muy leído: «El fanatismo ha respondido á la voz del sacerdote, y la matanza de Djeddah ha venido á «aterrar al mundo.» — ¡Cómo, filósofos! ¿hablais con formalidad? ¿han acudido á vuestra mente semejante ejemplo y semejante alusión, y no habeis pensado en la dolorosa inconsecuencia de que nuestra época podrá llevar algun día el peso y el baldon? Habrémos proclamado en nuestro siglo como principio tutelar, absoluto y sagrado la completa integridad del imperio turco sin que realice reformas, y millares de hombres, masas de cristianos y

hermanos, según el Evangelio, habrán sucumbido bajo el fuego perfeccionado de nuestras baterías modernas, para que ninguna usurpación amenazara esa integridad de una dominación caduca y bárbara; pero si se trata del poder temporal de aquel cuyos derechos y cuyo territorio inofensivo y neutral habíais reconocido y garantizado desde los tiempos mas antiguos, basta un motin en un punto y la codicia de un vecino ambicioso para autorizar á nuestros ojos el desmembramiento del territorio y del destronamiento parcial del soberano. ¿Pensais que este contraste no parecerá extraño al porvenir? ¿Y no temeis que el porvenir os diga, cuando haya cesado, por fin, para el mundo el anacronismo de esos invasores musulmanes degradados en su propia conquista, y poseyendo en el día por tolerancia lo que se agosta bajo sus manos ó crece sobre ellos: cómo es que en la misma época y por los mismos consejos pudo el mundo ver tan ardientemente protegida la integridad de la barbarie turca, y mutilada á vuestra vista y con vuestra sanción la integridad de los antiguos y pequeños Estados de un jefe de vuestra ley religiosa?

«En un siglo que han llamado de ignorancia, pero que no carecía de grandeza, cuando un intrépido Pontífice, que habia defendido contra la Alemania á la Italia tanto como á la Iglesia, y que despues de ser auxiliado en Roma sitiada y de ser preso por su libertador, espiraba en Salerno donde estaba casi cautivo, fueron estas sus últimas palabras: «Amé la justicia y odié la iniquidad; por eso muero en el destierro;» un oscuro circunstante exclamó en medio de los que oraban á su lado: «¿Cómo puedes decir, señor, que mueres en el destierro, si como Vicario de JESUCRISTO se abre para tí el universo entero, y son tu patria los confines de la tierra?»

«Gregorio VII espiró oyendo estas palabras dignas de él. Y vos, de una alma mas apacible y en un siglo tan distante de ese pasado tumultuoso, pero menos mudable que nuestra época, vos, confiado y generoso Pontífice, que desde un principio perdonásteis tanto y deseásteis tantas reformas saludables; vivid, persistid y sufrid para realizarlas ó para autorizarlas al menos. No sucumbiréis bajo usurpaciones insidiosas ó violentas, ni bajo la anarquía, instrumento de la ambición. Con vuestros derechos antiguos, hace tanto tiempo y recientemente aun reconocidos, sosteneis y defendeis el *derecho público* de Europa y la inviolabilidad de las débiles *potencias* y de los títulos legítimos; y tendréis á vuestro lado la fe de tantas almas católicas, el respeto al santo asilo de las conciencias y el amor á la libertad verdadera, que es la que cree en Dios y en la dignidad moral del hombre. Vuestra alma domina el temor, y vuestra categoría está sobre el peligro. El Pontificado no tendrá su Carlos I ó su Luis XVI, y por otra parte, no muere como puede morir una dinastía.»

Los obispos de Francia, casi á una voz y en un día, dieron el alerta á sus diócesis; y el Episcopado de todas las naciones no tardó á formular idénticas protestas y á defender los mismos principios, los mismos derechos y el mismo espíritu.

No era presumible siquiera que los obispos de España, modelos de fidelidad y adhesión á la Santa Silla, enmudecieran ante circunstancias tan excepcionales, y dejaran de refutar con varonil doctrina los despropósitos del oficioso opúsculo. Entre las varias publicaciones emanadas del episcopado español, descolló la del Excmo. Sr. Dr. D. Antonio Palau y Termens, obispo que era de Barcelona.